

DISCURSO DEL GENERAL JUAN JOSE FLORES CON MOTIVO DE
INAUGURAR LA ESTATUA DEL LIBERTADOR EN LIMA EN 1859

El general Juan José Flores, prócer de la independencia, nativo de Puerto Cabello, ejerció la Presidencia del Ecuador durante dos períodos y se le considera como el fundador de la Patria ecuatoriana. Evitó la desintegración territorial, pacificó el país y finalmente reformó la Constitución en sentido regresivo y se hizo elegir Presidente para un tercer período presidencial. Fue derrocado y a pesar de las garantías otorgadas por el Congreso le fueron confiscados sus bienes y hubo de abandonar al Ecuador. En 1857, al visitar a Venezuela, se le inscribió en la lista militar como General en Jefe con el goce de un sueldo correspondiente. Fue uno de los cuatro candidatos que se barajaron para dirigir las tropas que debían derrocar a Monagas y que finalmente recayó en el general Julián Castro. Durante unos 15 años vivió como exilado en Europa y en varios países de América. Estaba en Lima en 1857, en calidad de refugiado, se le otorgó el honor de pronunciar el discurso con el cual el país hermano rendía el tributo del bronce al Libertador, cuya réplica vino a Caracas años más tarde. El discurso, en el cual dedica gran parte a destacar las cualidades militares de Bolívar, no es lo suficientemente conocido, por lo cual lo reproducimos hoy, tomado de la reciente obra ecuatoriana "Correspondencia del Libertador con el General Juan José Flores" editada por el Banco Central del Ecuador, pp. 85, 86, 87, 88, 89.

“Señores:

Amigo y teniente de Bolívar, doy rendidas gracias al Supremo Gobierno del Perú, por haber mandado levantar este glorioso monumento para perpetuar la memoria de aquel héroe.

Grecia y Roma erigían estatuas a sus grandes hombres para lisonjearlos, y las derribaban para escarnecerlos. El Perú, por el contrario, enaltece a los suyos en la tumba, donde la lisonja carece de interés.

Si me fuese dable narrar la historia de Bolívar revelaría hechos notables ignorados; mas reducido a límites estrechos, apenas puedo bosquejar su vida y vindicar su memoria.

Dotado de imaginación ardiente y de sentimientos generosos, deliraba en su primera juventud con la emancipación de Hispano-América y la promovía con fervoroso anhelo. Cuéntase que visitaba las elocuentes ruinas de Roma, cuando transportado por las reminiscencias atraviesa los siglos, contempla al pueblo rey de los comicios y corre al monte sacro, donde jura libertar a su Patria o morir combatiendo espada en mano. El tiempo ha manifestado que lo cumplió con exceso y lo atestiguan cinco Naciones redimidas por su espada.

Lanzado a la revolución en 1812, presente su destino y adivina el porvenir: mide el extenso campo de la lucha, y lo mide de una ojeada: pesa en la balanza reguladora de su ingenio los medios y las posibilidades: espera el tiempo que se asocia a las combinaciones humanas; y reposa como el león, seguro de su fuerza.

Se dijo por sus émulos que era militar empírico, y yo los excuso con sinceridad, porque decían de buena fe lo que pensaban, y pensaban lo que no era cierto. Permítaseme disertar brevemente para confutarlos.

Es un error injustificable, y por desgracia generalizado, el confundir la táctica inferior, que concierne al oficial escuadronista, con la ciencia de la guerra que inmuebe al general en jefe y abraza los importantes ramos de la política militar, la estrategia, la logística y la gran táctica de las batallas. Se aumenta el enunciado error al considerar que la primera táctica, limitada a las maniobras en el campo de intrucción y el arte del ingeniero al ataque y defensa de las plazas, forman un ramo separado.

La política militar comprende todos los géneros de guerra y sus combinaciones, el derecho público y de gentes, la geografía y la estadística, la economía social y la filosofía de la guerra. Bolívar poseía todos estos conocimientos y lo prueban los medios que adoptó para lograr los fines de sus grandes empresas, su teoría de los gobiernos conciliadora de la libertad y el orden público, las negociaciones diplomáticas que dirigió con acierto, sus discursos conmovedores de las pasiones y el orden que reinaba en los países por sus armas.

La estrategia es el arte de conducir los ejércitos; y Bolívar sabía con sobrada pericia trasladar los suyos a regiones que le eran desconocidas, adaptar sus planes al teatro de la guerra, escoger la zona de operaciones y trazar las líneas de marcha, de comunicación y retirada. Tan hábil era en discernir los puntos decisivos, que los percibía por entre la niebla de la distancia, cuando otros no podían apreciarlos bajo la visual; y tan profundo se mostraba en sus combinaciones arduas, que las personas de su confianza le contemplaban absorbido, buscando una verdad recóndita en abismos insondables.

La logística es la ejecución de la parte especulativa, o la aplicación de las demás ciencias militares; y Bolívar se distinguía en el difícil arte de crear los elementos, en el amplio desarrollo de las operaciones, en templar los resortes de la disciplina y explorar al enemigo con hábiles disquisiciones.

La táctica de las batallas es el arte de librar éstas con ventaja; y Bolívar sobresalía en la adopción del orden conveniente entre los doce conocidos, en discernir el punto vulnerable y conducir a él con rapidez la mayor fuerza posible. Inteligente en la castramentación y en el cómputo de las posibilidades, su juicio era exacto y sus disposiciones acertadas. Carabobo lo comprueba entre otros ejemplos que pudiera citar. Situado el ejército español en la meseta de aquella comarca dominaba los desfiladeros del frente de batalla y se ostentaba invencible; pero Bolívar resuelve el problema sin dificultad. Marcha perpendicularmente al centro del enemigo, amaga su izquierda con una demostración fuerte; y cuando todo inducía a creer que aquellos eran los puntos de ataque, se precipita con el grueso de sus tropas contra la derecha bajo el vivo fuego de una artillería numerosa. Y para no exponerlas a ser mutiladas por la metralla, o acuchilladas por la caballería, manda que los batallones formen columnas de seis filas, únicas que conciliaban los extremos de la disyuntiva, aconsejadas por los maestros para aquel caso complejo. Así, la habilidad en las maniobras, la formación adoptada y la intrepidez en el ataque, le dieron una victoria inmortal. No puedo decir si tal orden de batalla fue

el oblicuo, empleado por Epaminondas en Leutres y por Federico II en Leuthen; o el reforzado en el centro y en una de las alas con que se confunde. Lo que no admite duda es que era el más adecuado, y las resultas lo confirman. Pero si no bastaren tan públicos testimonios para desvanecer la duda suscitada, compárense sus campañas con las de los grandes capitanes y se verá que fueron dirigidas conforme a unos mismos principios.

Alejandro hizo ocho campañas en Asia; Aníbal diez y siete, una en España, quince en Italia y una en Africa; César trece, ocho en la Galia y cinco contra las legiones de Pompeyo; Gustavo Adolfo tres, una en Livonia y dos en Austria; Turena diez y siete, nueve en Francia y ocho en Alemania; el Príncipe Eugenio de Savoya trece, dos contra los turcos, cinco en Italia y seis en el Rhin; Federico II once en Silecia y Bohemia; Napoleón I catorce, dos en Italia, cinco en Alemania, dos en Africa y Asia, dos en Polonia y Rusia, una en España y dos en Francia; y Bolívar catorce, diez en Venezuela, dos en Nueva Granada, una en el Ecuador y otra en el Perú.

Del examen de estas ciento diez campañas resulta que en ellas se observaron las siguientes máximas fundamentales: mantener la unidad en el mando, guardar proporción entre los medios y los fines, obrar con audacia y método, tener concentradas las fuerzas, no dejar puntos vulnerables, dirigirse con rapidez a los decisivos, suplir la falta de número con la calidad, o viceversa, y ambas con las maniobras; sostener el ascendiente de las armas para inspirar respeto y emplear los medios morales para mantener la disciplina.

Verdad es que Bolívar cometió faltas; pero también las cometieron todos los grandes capitanes. Alejandro sacrificó su ejército en el desierto de Gedrosia, mató con su mano a Clito, mandó que asesinasen a Parmenion y se abandonó a la intemperancia. Aníbal temió ocupar Roma después de Canas, dejó exterminar el ejército de Asdrúbal y no supo emplear su reserva en la batalla de Zama. César expuso sus tropas a la travesía del Adriático, dominado por las fuerzas marítimas de Pompeyo, cuando pudo conducir las por la Iliria y Dalmacia a Macedonia; sufrió un revés costoso en el ataque imprudente de Durazo; y se empeñó sin necesidad en la azarosa guerra de Egipto. Gustavo Adolfo cometió yerros en Lutzen, donde murió. Turena perdió la batalla de Marienthal, por haber reunido su ejército inmediato al enemigo y la de Rhétel, porque su adversario le obligó a darla con fuerzas inferiores; dejó de ocupar a Bruselas después de su glorioso triunfo en las Dunas, traicionó la causa de su soberano e invadió su patria a la cabeza de un ejército extranjero. El Príncipe Eugenio de Saboya fue derrotado en Luzara y descalabrado en Cassano; manifestó flojedad en la campaña de 1733, y permitió que tomasen en su presencia la plaza de Philipsburgo. Federico II desfiló en Kollin delante de su enemigo, y sufrió una derrota; se dejó sorprender en Hoenkirch, y perdió lo mejor de su ejército; fue vencido en Kunersdorf, por haberse empeñado con fuerzas inferiores, disponiendo de otras considerables; violó Torgau los principios del arte de la guerra; y manifestó timidez en sus últimas campañas. Napoleón olvidó la máxima de no hacer dos guerras a un tiempo, empezando la de Rusia cuando no estaba concluída la de España; emprendió aquella sin medios proporcionados a tan vasta empresa; y se dejó formar en Waterloo dos líneas exteriores contra una interior.

¿Y si todos los grandes capitanes cometieron faltas militares y políticas, era mucho que Bolívar también las cometiera? Si hubiese estado exento de ellas, habría sido una excepción a la regla general, un ser dotado del don de la infalibilidad o el Dios Marte a la cabeza de nuestros ejércitos. Bolívar, pues, sin haber dejado de cometer yerros, está sentado entre los grandes capitanes y se distingue de ellos en que ciñen su frente los dobles lauros del triunfo y de la libertad.

Salve, oh padre de la Patria, en este día de espléndida remuneración: goza de tu gloria excelsa en las regiones de la inmortalidad, y no olvides a tus pueblos que te bendicen reconocidos; anímalos con tu aliento vivificador, e ilumínalos con los resplandores de tu ingenio para que acierten en los medios de ser libres y felices”.

EL PROFESOR JOSE GENTIL DA SILVA EN LA ACADEMIA

Por JOSÉ GENTIL DA SILVA
Doctor es-lettres de Estado
Profesor en la Universidad de Niza

El honor que es para mí el ser recibido por la Academia Nacional de la Historia, permítanme compartirlo con la escuela francesa de Historia y con la Universidad de Niza, donde enseñé. En Francia se cree en la Historia como maestra del respeto debido a los otros. La Universidad de Niza, muy joven en un viejo país (tiene como una docena de años) está en una ciudad mediterránea de Europa, francesa pero abierta al mundo, a Euroáfrica y a estos continentes americanos donde el espíritu latino demostró su capacidad de adaptación.

Aquí en Caracas, se trató siempre de intereses comunes, . . . “comunes a la Francia misma”, como lo expresó Francisco Depons en la memoria del 17 diciembre de 1801, al Ministro de la Marina y Colonias, en París, “tal vez la primera escrita durante su residencia en Venezuela”.¹

He dicho de Francia que es un viejo país: porque hoy, historia es la ciencia de los países jóvenes, de los países que como Venezuela se vuelven hacia el porvenir. Aquí Historia aparece en toda su grandeza como la ciencia del porvenir, y el conocimiento de la realidad en toda su profundidad, diríamos en su biología —en todos sus matices— abre a las virtualidades de un pueblo generoso la creación de su futuro en los caminos que le estén bien.

Para eso, en Historia como en todas otras actividades, técnicas nuevas vienen a ayudar, yo diría a facilitar, la investigación que ya no es el hecho de la sola vocación ocasional. Más vocaciones pueden surgir con el empleo mismo de esas técnicas.

¹ Publicada en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 1958, tomo XLI, N° 162, págs. 128-131.